EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POSTSINODAL AMORIS LÆTITIA DEL PAPA FRANCISCO SOBRE EL AMOR EN LA FAMILIA

Iniciamos la presentación de la Exhortación Apostólica Amoris Laetitia del Papa Francisco, del 19 de marzo de 2016, como un recurso de estudio, reflexión y profundización del pensamiento de la Iglesia sobre la familia y para alentar a todos a ser signos de la misericordia y cercanía de Dios en nuestra propia familia y en el acompañamiento a otras familias.

INTRODUCCIÓN

La alegría del amor que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia. A pesar de las numerosas señales de crisis del matrimonio, "el deseo de familia permanece vivo, especialmente entre los jóvenes, y esto motiva a la Iglesia"[1]. Como respuesta a ese anhelo "el anuncio cristiano relativo a la familia es verdaderamente una buena noticia" (Cf. AL 1).

En la Iglesia es necesaria una unidad de doctrina y de praxis, pero ello no impide que subsistan diferentes maneras de interpretar algunos aspectos de la doctrina o algunas consecuencias que se derivan de ella. Esto sucederá hasta que el Espíritu nos lleve a la verdad completa (Cf. Jn 16, 13). En cada país o región se pueden buscar soluciones más inculturadas, atentas a las tradiciones y a los desafíos locales, porque "las culturas son muy diferentes entre sí y todo principio general necesita ser inculturado si quiere ser observado y aplicado"[2] (Cf. AL 3).

De cualquier manera, debo decir que el camino sinodal ha contenido una gran belleza y ha brindado mucha luz. El conjunto de las intervenciones de los Padres, que escuché con constante atención, me ha parecido un precioso poliedro, conformado por muchas legítimas preocupaciones y por preguntas honestas y sinceras. La Exhortación apostólica postsinodal recoge los aportes de los dos recientes Sínodos sobre la familia, agregando otras consideraciones que puedan orientar la reflexión, el diálogo o la praxis pastoral y, a la vez, ofrezcan aliento, estímulo y ayuda a las familias en su entrega y en sus dificultades (Cf. AL 4).

Esta Exhortación adquiere un sentido especial en el contexto de este Año Jubilar de la Misericordia. En primer lugar, porque la entiendo como una propuesta para las familias cristianas, que las estimule a valorar los dones del matrimonio y de la familia, y a sostener un amor fuerte y lleno de valores como la generosidad, el compromiso, la fidelidad o la paciencia. En segundo lugar, porque procura alentar a todos para que sean signos de misericordia y cercanía allí donde la vida familiar no se realiza perfectamente o no se desarrolla con paz y gozo (Cf. AL 5). Espero que cada uno, a través de la lectura, se sienta llamado a cuidar con amor la vida de las familias, "porque ellas no son un problema, son principalmente una oportunidad" (Cf. AL 7).

[1] III Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, Relatio synodi (18 octubre 2014), 2
[2] Discurso en la clausura de la XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (24 octubre 2015)

A la luz de la Palabra

Capítulo I

CONTENIDO

A. TÚ Y TU ESPOSA

B. TUS HIJOS COMO BROTES DE OLIVO

C. UN SENDERO DE SUFRIMIENTO Y DE SANGRE

D. LA FATIGA DE TUS MANOS

E. LA TERNURA DEL ABRAZO

La Biblia está poblada de familias, de generaciones, de historias de amor y de crisis familiares, desde la primera página, donde entra en escena la familia de Adán y Eva con su peso de violencia pero también con la fuerza de la vida que continúa (cf. Gn 4), hasta la última página donde aparecen las bodas de la Esposa y del Cordero (Cf. Ap 21,2.9). Las dos casas que Jesús describe, construidas sobre roca o sobre arena (Cf. Mt 7,24-27), son expresión simbólica de tantas situaciones familiares, creadas por las libertades de sus miembros, porque, como escribía el poeta, "toda casa es un candelabro" (Cf. AL 8).

A. TÚ Y TU ESPOSA

Atravesemos el umbral de esta casa serena, con su familia sentada en torno a la mesa festiva. En el centro encontramos la pareja del padre y de la madre con toda su historia de amor. En ellos se realiza aquel designio primordial que Cristo mismo evoca con intensidad: "¿No habéis leído que el Creador en el principio los creó hombre y mujer?" (Mt 19,4). Y se retoma el mandato del Génesis: "Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne" (2,24) (AL 9).

Los dos grandiosos primeros capítulos del Génesis nos ofrecen la representación de la pareja humana en su realidad fundamental. En ese texto inicial de la Biblia brillan algunas afirmaciones decisivas. La primera, citada sintéticamente por Jesús, declara: "Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó" (1,27). Sorprendentemente, la "imagen de Dios" tiene como paralelo explicativo precisamente a la pareja "hombre y mujer". Se preserva la trascendencia de Dios, pero, puesto que es al mismo tiempo el Creador, la fecundidad de la pareja humana es "imagen" viva y eficaz, signo visible del acto creador (Cf. AL 10).

La pareja que ama y genera la vida es la verdadera "escultura" viviente capaz de manifestar al Dios creador y salvador. Por eso el amor fecundo llega a ser el símbolo de las realidades íntimas de Dios (Cf. Gn 1,28; 9,7; 17,2-5.16; 28,3; 35,11; 48,3-4). La capacidad de generar de la pareja humana es el camino por el cual se desarrolla la historia de la salvación. Bajo esta luz, la relación fecunda de la pareja se vuelve una imagen para descubrir y describir el misterio de Dios, fundamental en la visión cristiana de la Trinidad que contempla en Dios al Padre, al Hijo y al Espíritu de amor. El Dios Trinidad es comunión de amor, y la familia es su reflejo viviente. El Apóstol Pablo relaciona la Iglesia con el "misterio" de la unión entre Cristo y la Iglesia (Cf. Ef 5,21-33) (Cf. AL 11).

Pero Jesús, en su reflexión sobre el matrimonio, nos remite a otra página del Génesis, el capítulo 2, donde aparece un admirable retrato de la pareja con detalles luminosos. Elijamos sólo dos.

El primer detalle es la inquietud del varón que busca "una ayuda recíproca" (vv. 18.20), capaz de resolver esa soledad que le perturba y que no es aplacada por la cercanía de los animales y de todo lo creado. La expresión

original hebrea nos remite a una relación directa, casi "frontal" —los ojos en los ojos— en un diálogo también tácito, porque en el amor los silencios suelen ser más elocuentes que las palabras. Es el encuentro con un rostro, con un "tú" que refleja el amor divino y es "el comienzo de la fortuna, una ayuda semejante a él y una columna de apoyo" (Si 36,24), como dice un sabio bíblico. O bien, como exclamará la mujer del Cantar de los Cantares en una estupenda profesión de amor y de donación en la reciprocidad: "Mi amado es mío y yo suya. Yo soy para mi amado y mi amado es para mí" (2,16; 6,3) (AL 12).

De este encuentro, que sana la soledad, surgen la generación y la familia. Este es *el segundo detalle* que podemos destacar: Adán, que es también el hombre de todos los tiempos y de todas las regiones de nuestro planeta, junto con su mujer, da origen a una nueva familia, como repite Jesús citando el Génesis: "Se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne" (Mt 19,5; cf. Gn 2,24). El verbo "unirse" en el original hebreo indica una estrecha sintonía, una adhesión física e interior, hasta el punto que se utiliza para describir la unión con Dios: "Mi alma está unida a ti" (Sal 63,9), canta el orante. Se evoca así la unión matrimonial no solamente en su dimensión sexual y corpórea sino también en su donación voluntaria de amor. El fruto de esta unión es "ser una sola carne", sea en el abrazo físico, sea en la unión de los corazones y de las vidas y, quizás, en el hijo que nacerá de los dos, el cual llevará en sí, uniéndolas no sólo genéticamente sino también espiritualmente, las dos "carnes" (AL 13).

B. TUS HIJOS COMO BROTES DE OLIVO

Retomemos el canto del Salmista. Allí aparecen, dentro de la casa donde el hombre y su esposa están sentados a la mesa, los hijos que los acompañan "como brotes de olivo" (Sal 128,3), es decir, llenos de energía y de vitalidad. Si los padres son como los fundamentos de la casa, los hijos son como las "piedras vivas" de la familia (Cf. 1 P 2,5). Es significativo que en el Antiguo Testamento la palabra que aparece más veces después de la divina (yhwh, el "Señor") es "hijo" (ben), un vocablo que remite al verbo hebreo que significa "construir" (banah). Por eso, en el Salmo 127 se exalta el don de los hijos con imágenes que se refieren tanto a la edificación de una casa, como a la vida social y comercial que se desarrollaba en la puerta de la ciudad: "Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; la herencia que da el Señor son los hijos; su salario, el fruto del vientre: son saetas en mano de un guerrero los hijos de la juventud; dichoso el hombre que llena con ellas su aljaba: no quedará derrotado cuando litigue con su adversario en la plaza" (vv. 1.3-5). La presencia de los hijos es un signo de plenitud de la familia en la continuidad de la misma historia de salvación, de generación en generación (Cf. AL 14).

Bajo esta luz podemos recoger otra dimensión de la familia. Sabemos que en el Nuevo Testamento se habla de "la Iglesia que se reúne en la casa" (Cf. 1 Co 16,19; Rm 16,5; Col 4,15; Flm 2). El espacio vital de una familia se podía transformar en iglesia doméstica, en sede de la Eucaristía, de la presencia de Cristo sentado a la misma mesa. Es inolvidable la escena pintada en el Apocalipsis: "Estoy a la puerta llamando: si alguien oye y me abre, entraré y comeremos juntos" (3,20). Así se delinea una casa que lleva en su interior la presencia de Dios, la oración común y, por tanto, la bendición del Señor. Es lo que se afirma en el Salmo 128 que tomamos como base: "Que el Señor te bendiga desde Sión" (v. 5) (AL 15).

La Biblia considera también a la familia como la sede de la catequesis de los hijos. Eso brilla en la descripción de la celebración pascual (Cf. Ex 12,26-27; Dt 6,20-25), y luego fue explicitado en la haggadah judía, o sea, en la narración dialógica que acompaña el rito de la cena pascual. Más aún, un Salmo exalta el anuncio familiar de la fe: "Lo que oímos y aprendimos, lo que nuestros padres nos contaron, no lo ocultaremos a sus hijos, lo contaremos a la futura generación: las alabanzas del Señor, su poder, las maravillas que realizó. Porque él estableció una norma para Jacob, dio una ley a Israel: él mandó a nuestros padres que lo enseñaran a sus hijos, para que lo supiera la generación siguiente, y los hijos que nacieran después. Que surjan y lo cuenten a sus hijos" (Sal 78,3-6) Por lo tanto, la familia es el lugar donde los padres se convierten en los primeros maestros de la fe para sus hijos. Es una tarea artesanal, de persona a persona: "Cuando el día de mañana tu hijo te pregunte […]

le responderás…" (Ex 13,14). Así, las distintas generaciones entonarán su canto al Señor, "los jóvenes y también las doncellas, los viejos junto con los niños" (Sal 148,12) (AL 16).

Los padres tienen el deber de cumplir con seriedad su misión educadora, como enseñan a menudo los sabios bíblicos (Cf. Pr 3,11-12; 6,2022; 13,1; 22,15; 23,13-14; 29,17). Los hijos están llamados a acoger y practicar el mandamiento: "Honra a tu padre y a tu madre" (Ex 20,12), donde el verbo "honrar" indica el cumplimiento de los compromisos familiares y sociales en su plenitud, sin descuidarlos con excusas religiosas (Cf. Mc 7,11-13). "El que honra a su padre expía sus pecados, el que respeta a su madre acumula tesoros" (Si 3,3-4) (AL 17).

El Evangelio nos recuerda también que los hijos no son una propiedad de la familia, sino que tienen por delante su propio camino de vida. Si es verdad que Jesús se presenta como modelo de obediencia a sus padres terrenos, sometiéndose a ellos (Cf. Lc 2,51), también es cierto que él muestra que la elección de vida del hijo y su misma vocación cristiana pueden exigir una separación para cumplir con su propia entrega al Reino de Dios (Cf. Mt 10,34-37; Lc 9,59-62). Es más, él mismo a los doce años responde a María y a José que tiene otra misión más alta que cumplir más allá de su familia histórica (Cf. Lc 2,48-50). Por eso exalta la necesidad de otros lazos, muy profundos también dentro de las relaciones familiares: "Mi madre y mis hermanos son éstos: los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra" (Lc 8,21). Por otra parte, en la atención que él presta a los niños —considerados en la sociedad del antiguo Oriente próximo como sujetos sin particulares derechos e incluso como objeto de posesión familiar— Jesús llega al punto de presentarlos a los adultos casi como maestros, por su confianza simple y espontánea ante los demás: "En verdad os digo que si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por lo tanto, el que se haga pequeño como este niño, ese es el más grande en el reino de los cielos" (Mt 18,3-4) (AL 18).

C. UN SENDERO DE SUFRIMIENTO Y DE SANGRE

El idilio que manifiesta el Salmo 128 no niega una realidad amarga que marca todas las Sagradas Escrituras. Es la presencia del dolor, del mal, de la violencia que rompen la vida de la familia y su íntima comunión de vida y de amor. Por algo el discurso de Cristo sobre el matrimonio (Cf. Mt 19,3-9) está inserto dentro de una disputa sobre el divorcio. La Palabra de Dios es testimonio constante de esta dimensión oscura que se abre ya en los inicios cuando, con el pecado, la relación de amor y de pureza entre el varón y la mujer se transforma en un dominio: "Tendrás ansia de tu marido, y él te dominará" (Gn 3,16) (AL 19).

Es un sendero de sufrimiento y de sangre que atraviesa muchas páginas de la Biblia, a partir de la violencia fratricida de Caín sobre Abel y de los distintos litigios entre los hijos y entre las esposas de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, llegando luego a las tragedias que llenan de sangre a la familia de David, hasta las múltiples dificultades familiares que surcan la narración de Tobías o la amarga confesión de Job abandonado: "Ha alejado de mí a mis parientes, mis conocidos me tienen por extraño. Hasta mi vida repugna a mi esposa, doy asco a mis propios hermanos" (Job 19,13.17) (AL 20).

Jesús mismo nace en una familia modesta que pronto debe huir a una tierra extranjera. Él entra en la casa de Pedro donde su suegra está enferma (Mc 1,30-31), se deja involucrar en el drama de la muerte en la casa de Jairo o en el hogar de Lázaro (Cf. Mc 5,22-24.35-43); escucha el grito desesperado de la viuda de Naín ante su hijo muerto (Cf. Lc 7,11-15), atiende el clamor del padre del epiléptico en un pequeño pueblo del campo (Cf. Mt 9,9-13; Lc 19,1-10. Encuentra a publicanos como Mateo o Zaqueo en sus propias casas, y también a pecadoras, como la mujer que irrumpe en la casa del fariseo (Cf. Lc 7,36-50). Conoce las ansias y las tensiones de las familias incorporándolas en sus parábolas: desde los hijos que dejan sus casas para intentar alguna aventura (Cf. Lc 15,11-32) hasta los hijos difíciles con comportamientos inexplicables (Cf. Mt 21,28-31) o víctimas de la violencia (cf. Mc 12,1-9). Y se interesa incluso por las bodas que corren el riesgo de resultar bochornosas por la ausencia de vino (Cf. Jn 2,1-10) o por falta de asistencia de los invitados (Cf. Mt 22,1-10), así como conoce la pesadilla por la pérdida de una moneda en una familia pobre (Cf. Lc 15,8-10 (AL 21).

En este breve recorrido podemos comprobar que la Palabra de Dios no se muestra como una secuencia de tesis abstractas, sino como una compañera de viaje también para las familias que están en crisis o en medio de algún dolor, y les muestra la meta del camino, cuando Dios "enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor" (Ap 21,4) (AL 22).

D. LA FATIGA DE TUS MANOS

Al comienzo del Salmo 128, el padre es presentado como un trabajador, quien con la obra de sus manos puede sostener el bienestar físico y la serenidad de su familia: "Comerás del trabajo de tus manos, serás dichoso, te irá bien" (v. 2). Que el trabajo sea una parte fundamental de la dignidad de la vida humana se deduce de las primeras páginas de la Biblia, cuando se declara que "Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín de Edén, para que lo guardara y lo cultivara" (Gn 2,15). Es la representación del trabajador que transforma la materia y aprovecha las energías de lo creado, dando luz al "pan de vuestros sudores" (Sal 127,2), además de cultivarse a sí mismo (AL 23).

El trabajo hace posible al mismo tiempo el desarrollo de la sociedad, el sostenimiento de la familia y también su estabilidad y su fecundidad: "Que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida; que veas a los hijos de tus hijos" (Sal 128,5-6). En el libro de los Proverbios también se hace presente la tarea de la madre de familia, cuyo trabajo se describe en todas sus particularidades cotidianas, atrayendo la alabanza del esposo y de los hijos (Cf. 31,10-31). El mismo Apóstol Pablo se mostraba orgulloso de haber vivido sin ser un peso para los demás, porque trabajó con sus manos y así se aseguró el sustento (Cf. Hch 18,3; 1 Co 4,12; 9,12). Tan convencido estaba de la necesidad del trabajo, que estableció una férrea norma para sus comunidades: "Si alguno no quiere trabajar, que no coma" (2 Ts 3,10; cf. 1 Ts 4,11) (AL 24).

La desocupación y la precariedad laboral se transformen en sufrimiento, como se hace notar en el librito de Rut y como recuerda Jesús en (Cf. Mt 20,1-16), o cómo él lo experimenta en el mismo hecho de estar muchas veces rodeado de menesterosos y hambrientos. Es lo que la sociedad está viviendo trágicamente en muchos países, y esta ausencia de fuentes de trabajo afecta de diferentes maneras a la serenidad de las familias (AL 25).

Tampoco podemos olvidar la degeneración que el pecado introduce en la sociedad cuando el ser humano se comporta como tirano ante la naturaleza, devastándola, usándola de modo egoísta y hasta brutal. Las consecuencias son al mismo tiempo la desertificación del suelo (Cf. Gn 3,1719) y los desequilibrios económicos y sociales, contra los cuales se levanta con claridad la voz de los profetas, desde Elías (Cf. 1 R 21) hasta llegar a las palabras que el mismo Jesús pronuncia contra la injusticia (Cf. Lc 12,13-21; 16,1-31) (AL 26).

E. LA TERNURA DEL ABRAZO

Cristo ha introducido como emblema de sus discípulos sobre todo la ley del amor y del don de sí a los demás (Cf. Mt 22,39; Jn 13,34), y lo hizo a través de un principio que un padre o una madre suelen testimoniar en su propia existencia: "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15,13). Fruto del amor son también la misericordia y el perdón. En esta línea, es muy emblemática la escena que muestra a una adúltera en la explanada del templo de Jerusalén, rodeada de sus acusadores, y luego sola con Jesús que no la condena y la invita a una vida más digna (Cf. Jn 8,1-11) (AL 27).

En el horizonte del amor, central en la experiencia cristiana del matrimonio y de la familia, se destaca también otra virtud, algo ignorada en estos tiempos de relaciones frenéticas y superficiales: la ternura. Acudamos al dulce e intenso Salmo 131. Como se advierte también en otros textos (Cf. Ex 4,22; Is 49,15; Sal 27,10), la unión entre el

fiel y su Señor se expresa con rasgos del amor paterno o materno. Aquí aparece la delicada y tierna intimidad que existe entre la madre y su niño, un recién nacido que duerme en los brazos de su madre después de haber sido amamantado. Se trata —como lo expresa la palabra hebrea gamul— de un niño ya destetado, que se aferra conscientemente a la madre que lo lleva en su pecho. Es entonces una intimidad consciente y no meramente biológica. Por eso el salmista canta: "Tengo mi interior en paz y en silencio, como un niño destetado en el regazo de su madre" (Sal 131,2). De modo paralelo, podemos acudir a otra escena, donde el profeta Oseas coloca en boca de Dios como padre estas palabras conmovedoras: "Cuando Israel era joven, lo amé. Yo enseñe a andar a Efraín, lo alzaba en brazos. Con cuerdas humanas, con correas de amor lo atraía; era para ellos como el que levanta a un niño contra su mejilla, me inclinaba y le daba de comer" (11,1.3-4) (Cf. AL 28).

Con esta mirada, hecha de fe y de amor, de gracia y de compromiso, de familia humana y de Trinidad divina, contemplamos la familia que la Palabra de Dios confía en las manos del varón, de la mujer y de los hijos para que conformen una comunión de personas que sea imagen de la unión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La actividad generativa y educativa es, a su vez, un reflejo de la obra creadora del Padre. La familia está llamada a compartir la oración cotidiana, la lectura de la Palabra de Dios y la comunión eucarística para hacer crecer el amor y convertirse cada vez más en templo donde habita el Espíritu (AL 29).

Ante cada familia se presenta el icono de la familia de Nazaret, con su cotidianeidad hecha de cansancios y hasta de pesadillas, como cuando tuvo que sufrir la incomprensible violencia de Herodes, experiencia que se repite trágicamente todavía hoy en tantas familias de prófugos desechados e inermes. Como los magos, las familias son invitadas a contemplar al Niño y a la Madre, a postrarse y a adorarlo (Cf. Mt 2,11). Como María, son exhortadas a vivir con coraje y serenidad sus desafíos familiares, tristes y entusiasmantes, y a custodiar y meditar en el corazón las maravillas de Dios (Cf. Lc 2,19.51). En el tesoro del corazón de María están también todos los acontecimientos de cada una de nuestras familias, que ella conserva cuidadosamente. Por eso puede ayudarnos a interpretarlos para reconocer en la historia familiar el mensaje de Dios (AL 30).

NOS PREGUNTAMOS:

1. ¿Qué descubres de la familia en la Palabra de Dios?
2. ¿A qué compromiso te lleva el recorrido del primer capítulo de la Exhortación apostólica Amoris Laetitia?

Hna. Lilia Celina Barrera Ramírez, TC